Los mercados: una cuestión de poder



Desde que estalló la crisis financiera, en el verano de 2007, los llamados mercados –antes lo eran en singular– se han convertido en lugar común de las conversaciones de todos, políticos, economistas y gente corriente. Sus actuaciones y sus decisiones en tiempo real superan los esquemas tradicionales de entendimiento y de funcionamiento de los negocios. Por eso, y por otras cosas, son tan importantes. En realidad se trata de una industria muy poderosa, crecida al amparo de la globalización económica y financiera y apoyada por las nuevas tecnologías como ninguna otra industria del mundo. Y es que, cuando se habla del poder y se recuerda la vieja afirmación de que aquél se encuentra en las armas o en el dinero, poco ha cambiado.

El mundo de las finanzas ha adquirido una preponderancia indiscutible, por encima de los propios gobiernos, poniendo en entredicho el conjunto de valores que otorgaban a la política, a los gobernantes y a la democracia la capacidad suprema para ordenar a la sociedad. Estamos, en nuestra opinión, ante una crisis derivada de una mal entendida globalización y del desalojo de la política democrática de su escenario natural de ejercicio. Y ha sido, en cierto grado, un desalojo consentido, sobre todo en Europa, que ha afectado por igual a todos los sectores: socialdemócratas, liberales y democristianos, que han abdicado de un modelo político que trajo al continente el bienestar social y el equilibrio político, después de la Segunda Guerra Mundial.

La gran industria de los mercados financieros tiene un funcionamiento bastante autónomo y libre, a diferencia de la industria tradicional. Esta última crea riqueza allí donde se encuentra y retribuye a los diferentes factores que la integran, fundamentalmente el capital y el trabajo, según el orden tradicional. Esto no es así en el caso de los mercados financieros, cuyo objetivo básico y fundamental es la obtención permanente del beneficio allá donde se encuentre, porque su materia prima son las ingentes masas monetarias que circulan por el mundo. Los mercados exploran y explotan al máximo las posibilidades de obtención del beneficio, sin importar demasiado el efecto que ello cause en los países o regiones en los que pongan su punto de mira. En este sentido, se podrían comparar, en alguna medida, con la industria de extracción del petróleo, que va agotando y esquilmando yacimientos y busca otros nuevos.

En Europa, concretamente en la Unión Monetaria, estamos teniendo ejemplo de esa actuación descarnada de los mercados: no importan demasiado los países, el objetivo es explotar a la propia Unión hasta dejarla exangüe. Después habrá otros lugares. Así, se han convertido en un fenómeno de deslocalización permanente.

Las entidades e instituciones en las que se concretan los mercados son muchas y variadas, formando un abanico que va desde los grandes fondos de pensiones e inversión, pasando por los Bancos de inversión, hasta las propias agencias de calificación, que actúan como complemento necesario para justificar las decisiones de los operadores financieros. En los artículos que se incluyen en este número de TEMAS hay descripciones muy detalladas de todo este conglomerado, y de ellas resultan dos hechos que interesa destacar: uno, el casi monopolio del mundo anglosajón –Estados Unidos y Reino Unido– en el manejo de esta industria; y, segundo, el papel subsidiario, y mu-

chas veces mendicante, que ejercen los diferentes gobiernos e instituciones políticas en ese campo de batalla, como lo denominan algunos autores. En relación con lo primero es fácil concretar nombres de actores: bancos de inversión como Goldman Sachs, Merrill Lynch, Morgan Stanley, entre los americanos, Barclays, UBS, Deustche Bank, entre los europeos, agencias de *rating* como Standars & Poors, Moody's y Fitch, también americanas, que ejercen prácticamente el monopolio de la calificación mundial, etc. Sobre lo segundo, hay que apuntar la agudización del déficit democrático en Europa, con el descabalgamiento de gobiernos elegidos, que son sustituidos por hombres cercanos a los operadores citados: Grecia e Italia son ejemplos recientes, que pueden ser seguidos por otros países.

Ante la ceguera de algunos y la confusión de muchos, se está librando una batalla de enorme alcance entre la democracia y unos poderes financieros insaciables.

Que la política oficial –gobiernos e instituciones– tenga un papel secundario o vergonzante no significa que la política esté ausente de los mercados financieros; lo que sucede es que es otra política, que no tiene más legitimación que su propio ejercicio y la obtención del máximo beneficio para quienes la diseñan o dirigen, que son hombres, no máquinas, aunque éstas hayan adquirido una importancia creciente con el avance tecnológico. Resaltamos estos dos aspectos, porque una de las mistificaciones que circulan sobre los mercados es aquella que los presenta como un compendio de racionalidad y objetividad, en contrapunto con otras actividades humanas, más condicionadas por intereses políticos o sociales. Tal falacia es una demostración más de hasta dónde ha llegado la corrupción de valores y la perversión del lenguaje político, al que ya nos hemos referido en otro número de TEMAS. También es la evidencia de la pereza doctrinal y de la dejación de quienes tenían la obligación de preservar el valor de la política y de la democracia, y no lo han hecho.

Parece evidente que el crecimiento de los mercados financieros, que ha sido exponencial desde 1980 hasta 2007, coincidiendo con el auge de las políticas neoliberales, personificadas por Thatcher y Reagan, ha supuesto una transformación sustancial de la economía y de las finanzas mundiales. Sus resultados han sido muy lesivos para la mayoría de las sociedades: la concentración de la riqueza en unas pocas manos es mucho mayor y el empobrecimiento de los demás, que incluye a las clases medias, va avanzando inexorablemente ante la inepcia, cuando no la claudicación, de los gobiernos. En Europa, con las políticas de rescate y de recortes, lo estamos viviendo en directo. Una verdadera bomba de relojería, que amenaza la paz social y la estabilidad de la propia democracia.

Se puede pensar que una revolución como la producida por los mercados, con efectos claramente perniciosos, solo puede ser contrarrestada por otra. Probablemente tendrá que ser así. Nosotros pensamos que, ante la ceguera de algunos y la confusión de muchos, se está librando una batalla entre el capitalismo financiero y la democracia. De momento, ésta se encuentra en franco retroceso ante el avance totalitario de los mercados, que sirve de coartada perfecta para los que ponen en solfa, cada vez más, las instituciones democráticas. El terreno existente para el crecimiento de los proyectos de corte fascista en Europa está siendo abonado intensamente en unas sociedades que han sido sometidas a un vaciamiento de valores, que resultará muy difícil restaurar a corto plazo.

Por todo ello, habría que precisar a qué tipo de revolución nos referimos: aquella que devuelva a la política democrática la autonomía perdida, con el objetivo de regular y limitar el fenómeno de la globalización financiera. La bendecida desregulación, tan incompatible con la seguridad jurídica que debe garantizar el Estado, no puede inspirar las políticas futuras; habrá que desandar un camino que conduce a la perdición.

La sociedad tendrá que recibir mensajes de esperanza a través de la activación de valores de educación, exigencia cívica, solidaridad y prevalencia de la justicia que, en nuestra opinión, conservan la vigencia que algunos, demasiados, han negado. Se trata de apostar, sin ambages, por hacer frente a la amenaza de unos mercados convertidos en una hidra de múltiples cabezas, al servicio de poderes que escapan a todo control. No será una empresa fácil, pero los riesgos de no acometerla son inmensos y los daños incalculables. **TEMAS**